

Maestras y bibliotecarias

N I una bibliotecaria es una maestra, ni una maestra es una bibliotecaria¹. Comenzamos este artículo con la anterior tautología porque nos servirá para reflexionar sobre un aspecto: la diferencia existente entre la formación, el campo total de trabajo y los objetivos de la ocupación de ambas. Incluso las condiciones laborales.

Pero sí que hay coincidencia en dos cuestiones fundamentales, que sin ser exclusivas en una y otra profesionales, sí son compartidas y son, a veces, las que más trabajo dan: el segmento de población en edad escolar (entre 4 y 14 años, más o menos) así como el aumento del nivel de lectura y del agrado por la lectura literaria. En este campo, a pesar de las restantes diferencias de todo tipo, nos encontramos: perseguimos objetivos comunes, compartimos a las mismas personas, encontramos problemas similares, llegamos hasta a realizar alguna actividad similar.

Sería absurdo seguir trabajando independientemente en estas realidades: ni biblioteca ni escuela pueden seguir siendo dos realidades estancas, cerradas, no comunicadas cuando comparten «clientes» e «intenciones». Pero ésta es la tónica habitual. Cada vez menos generalizada, también es cierto. Hay casos notables que lo desmienten. Pero la proporción de bibliotecas públicas que ignoran al colegio público situado en el mismo pueblo o barrio, o de escuelas que desconocen incluso la localización física de su biblioteca más cercana, es abrumadoramente mayor.

16

Desde luego que en este momento no vamos a pretender lunas de miel o intensos amoríos repentinos entre ambas instituciones ligadas íntimamente con la lectura, pero sí podemos reflexionar sobre algunos de los aspectos que podrían permitir un acercamiento cada vez más imprescindible en los tiempos que corren. Tiempos en que la famosa «optimización» de recursos en los presupuestos oficiales nos está recortando casi todo. En que los medios audiovisuales son los más poderosos y en que los intereses consumistas-económicos pueden más que los intentos culturales de fomentar la imaginación, la lectura crítica o el conocimiento de otros pensamientos que abran el nuestro a nuevos horizontes.

Vamos a plantearnos, pues, algunas reflexiones en este campo, no por pequeño menos necesario, de la cooperación escuela-biblioteca pública.

- La bibliotecaria no es una especialista en educación, pedagogía o didáctica de la lectura. Pero sí lo es en algo que, en principio, no tienen las maestras: conocimiento del libro, del tratamiento biblioteconómico del mismo, de la edición, de las novedades. Hay aquí un importante campo de asesoramiento técnico desde la biblioteca o del organismo foral Red de Bibliotecas a las escuelas que cuentan con biblioteca escolar. O a los demás colegios para que inicien su formación o retomen la dinamización de la ya existente.

Probablemente, estoy tocando un punto que puede reabrir heridas en debate: ¿Quién debe ser la bibliotecaria escolar: una maestra que se especialice o una bibliotecaria que haga lo

1. Dada la abrumadora mayoría del género femenino en ambos cuerpos, a partir de aquí lo utilizaré de forma que comprenda a ambos. Espero que mis «compañeros» del masculino no lo tomen a mal.

mismo? No es el momento de entrar en la discusión, que tal vez pueda ser motivo de otro artículo o incluso de un número monográfico de esta revista. Lo dejaremos, pues, para ese momento. Aunque el «excedente» de maestras en Educación Primaria que por diferentes razones existe en el sistema educativo ya ha hecho expresar al actual Director General de Educación las intenciones en este campo. No creo que sea necesario explicitarlas por suponibles.

- Los colegios públicos que tienen una biblioteca en funcionamiento, donde los alumnos tienen acceso y leen literatura infantil y juvenil, plantean un problema: ¿No será un duplicar fondos y esfuerzos el que la biblioteca pública que comparte el mismo pueblo o barrio también siga ampliando su fondo en este campo? No quiero decir que una de las dos haya de suprimirlo, pero sí que se debiera iniciar una cooperación en el sentido de tender hacia una cierta especialización: bien en temas, en edades, en tipo de lectura... Tal vez, la biblioteca pública podría canalizar sus esfuerzos hacia los libros de conocimiento adecuados a las edades escolares, mientras que la escuela tuviese más protagonismo en el campo de la ficción. O viceversa.

- Y añadido el «viceversa» para evitar que surja otra chispa de discusión, o que se entienda que como docente, comparto la situación actual en lo que voy a exponer a continuación: la biblioteca ni es ni puede ser un lugar para hacer las «tareas» escolares, ni en grupo ni individuales. Como no es ni puede ser un lugar al que los universitarios van a estudiar, ni un lugar en que se va a leer el periódico gratis, ni... todo ello de forma exclusiva y excluyente. Debe ser un lugar de acogida para todos estos campos y más. Pero, ¿cómo resolver el asunto de las tareas? Desde luego con un contacto cooperativo entre maestras y bibliotecarias: tal vez una visita escolar organizada a la biblioteca, en la que se explique la organización, distribución, acceso, tipos de libros de conocimientos, etc., resuelva gran parte de las consultas a la biblioteca sobre búsqueda de la información necesaria, a estos niveles generalmente muy amplia y no especializada. Un lugar para trabajos en grupo separado de la sala de lectura; un horario en que se pueda hacer trabajos y otro en que no... Un conocimiento previo de la docente sobre los fondos bibliotecarios, que le permita saber qué información no podrán encontrar los alumnos y las alumnas...

17

Muchas posibilidades que pasan por un previo conocimiento mutuo.

- Por supuesto, coincidir en la preparación de ciertas fechas claves anualmente: Una campaña navideña de regalo de libros, la fiesta alrededor del día del libro, la visita de un autor..., son siempre momentos que permiten el trabajo cooperativo entre biblioteca y escuela: cada parte puede conseguir recursos diferentes de instancias diferentes que revierten en el objetivo planteado. Pero desde luego, siempre con un trabajo previo de encuentro y entendimiento.

Habría muchos puntos más que pasamos por alto. Ni la extensión ni el lugar de este artículo permiten más detalles. Pero sí permiten, para terminar, dos consideraciones finales:

Lo poco, siempre es más que nada. Si sólo se logra aportar una bibliografía, es mejor que no hacerlo. Seguramente es la puerta de entrada para otro momento, para añadir otro punto de coincidencia, para ampliar el futuro.

¿Quién lo inicia? Cualquiera de las dos partes. O ambas. O una de las dos. Pero no puede servir de excusa el esperar a que sea el otro profesional. ¿Quién lo inicia?.. Yo.

Muchas veces la inercia, el desconocimiento de la otra parte, el creer que están a otro nivel,

la distancia... pueden hacernos mantener la situación de desconexión. Pero, por experiencia sé que simplemente una visita, una propuesta concreta en un momento favorable, un ofrecimiento de disponibilidad, abren caminos que no solamente nos van a dar satisfacciones de trabajos mejor hechos, sino que nos van a evitar, a la larga, otros conflictos con alumnos, otras duplicidades de tareas, otros esfuerzos en solitario que mejorarán nuestra trayectoria profesional, nuestra imagen institucional y, lo más importante, harán más eficaz el trabajo de aumentar el nivel de lectura de niños y jóvenes y, en definitiva, aportar un grano de arena a su educación como personas libres, solidarias y críticas.

Falces, abril de 1996.

Francisco SOTO ALFARO

Maestro



Noticia bibliográfica en Sesma

Queridos compañeros:

Os quisiera comentar un importante hallazgo bibliográfico que tuvo lugar en mi localidad: Sesma. Un pueblo pequeño y tranquilo pero con cierta inquietud cultural que va creciendo poco a poco.

18

Pues sí, rescatado de los graneros de la Casa Parroquial, allí se encontraba nuestro libro: un Dioscórides¹, un libro inédito escrito en 1546 y cuya autoría se atribuye al humanista Miguel Servet. ¡Casi nada!, ¿verdad?

El libro lo encontré, por casualidad, Francisco Javier González. Estábamos preparando la Semana Cultural Abril-95. Le pedimos que siguiera con la preparación de sus charlas sobre la Historia de Sesma. Revolviendo, junto a nuestro Párroco, se extrañó al comprobar que allí había un Dioscórides; y empezó a investigar. Según su descubridor, es el libro de pruebas de una edición realizada en Lyon en 1546 de la obra *Materia Médica*, escrita por el galeno Dioscórides y que constituye la base actual de la farmacología. Es un texto muy conocido y el segundo más copiado después de la Biblia.

De esta edición de Lyon, sólo se conocen otros dos ejemplares en el mundo. Está en concreto es la única corregida y aumentada con notas manuscritas marginales por el propio Miguel Servet.

Una joya de la que todo el pueblo está orgulloso. Una obra que, desde ahora, se llamará «El Dioscórides de Sesma: una obra inédita de Miguel Servet».

Sesma, 11 de marzo de 1996.

Charo MANGADO ETAYO

Encargada de la Biblioteca de Sesma